

Lengua y Literatura

Curso 3er año

2021

Profesora Maria Elena Benitez

Malenita_344@hotmail.com

El relato policial

El relato policial es un género relativamente moderno. Se vincula, en cuanto al ámbito donde se desarrollan sus historias, a las grandes ciudades, los centros urbanos poblados por miles de individuos anónimos y desconocidos entre sí.

El nacimiento de este género se debe a un autor estadounidense muy conocido y considerado un verdadero maestro del cuento: Edgar Allan Poe. Hay tres textos que marcan un hito e inauguran el género: "Los crímenes de la calle Morgue (1841)", "El misterio de Marie Rogêt" (1842) y "La carta robada (1843)".

Esos tres cuentos tienen una figura en común, un personaje que se encuentra en las tres historias. Se trata de Auguste Dupin, el investigador que resuelve los casos a través de un razonamiento lógico implacable y certero: el primer detective de las historias policíacas. Este personaje servirá de modelo a detectives posteriores. Entre ellos, el famosísimo Sherlock Holmes, creado por el autor inglés Arthur Conan Doyle.

Desde ese momento ha pasado mucho tiempo, pero, a través de los años, la narrativa policial (ya sea cuento o novela) produjo una enorme cantidad de textos y conquistó a lectores de todo el mundo. Su éxito se ha mantenido y multiplicado al llegar también al cine, al cómic o a la televisión.

Para seguir incursionando en el mundo del relato policial, les proponemos la lectura del cuento "El crimen casi perfecto", del autor argentino Roberto Arlt.

E.E.T.P. N° 485 TERCER AÑO 2017

El crimen casi perfecto

La coartada de los tres hermanos de la suicida fue verificada. Ellos no habían mentido. El mayor, Juan, permaneció desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche (la señora Stevens se suicidó entre siete y diez de la noche) detenido en una comisaría por su participación imprudente en un accidente de tránsito. El segundo hermano, Esteban, se encontraba en el pueblo de Lister desde las seis de la tarde de aquel día hasta las nueve del siguiente, y, en cuanto al tercero, el doctor Pablo, no se había apartado ni un momento del laboratorio de análisis de leche de la Erpa Cía., donde estaba adjunto a la sección de dosificación de mantecas en las cremas.

Lo más curioso de caso es que aquel día los tres hermanos almorzaron con la suicida para festejar su cumpleaños, y ella, a su vez, en ningún momento dejó de traslucir su intención funesta. Comieron todos alegremente; luego, a las dos de la tarde, los hombres se retiraron.

Sus declaraciones coincidían en un todo con las de la antigua doméstica que servía hacía muchos años a la señora Stevens. Esta mujer, que dormía afuera del departamento, a las siete de la tarde se retiró a su casa. La última orden que recibió de la señora Stevens fue que le enviara por el portero un diario de la tarde. La criada se marchó; a las siete y diez el portero le entregó a la señora Stevens el diario pedido y el proceso de acción que ésta siguió antes de matarse se presume lógicamente así: la propietaria revisó las adiciones en las libretas donde llevaba anotadas las entradas y salidas de su contabilidad doméstica, porque las libretas se encontraban sobre la mesa del comedor con algunos gastos del día subrayados; luego se sirvió un vaso de agua con whisky, y en esta mezcla arrojó aproximadamente medio gramo de cianuro de potasio. A continuación se puso a leer el diario, bebió el veneno, y al sentirse morir trató de ponerse de pie y cayó sobre la alfombra. El periódico fue hallado entre sus dedos tremendamente contraídos.

Tal era la primera hipótesis que se desprendía del conjunto de cosas ordenadas pacíficamente en el interior del departamento pero, como se puede apreciar, este proceso de suicidio está cargado de absurdos psicológicos. Ninguno de los funcionarios que intervinimos en la investigación podíamos aceptar congruentemente que la señora Stevens se hubiese suicidado. Sin embargo, únicamente la Stevens podía haber echado el cianuro en el vaso. El whisky no contenía veneno. El agua que se agregó al whisky también era pura. Podía presumirse que el veneno había sido depositado en el fondo o las paredes de la copa, pero el vaso utilizado por la suicida había sido retirado de un anaquel donde se hallaba una docena de vasos del mismo estilo; de manera que el presunto asesino no podía saber si la Stevens iba a utilizar éste o aquél. La oficina policial de química nos informó que ninguno de los vasos contenía veneno adherido a sus paredes.

El asunto no era fácil. Las primeras pruebas, pruebas mecánicas como las llamaba yo, nos inclinaban a aceptar que la viuda se había quitado la vida por su propia mano, pero la evidencia de que ella estaba distraída leyendo un periódico cuando la sorprendió la muerte transformaba en disparatada la prueba mecánica del suicidio.

Tal era la situación técnica del caso cuando yo fui designado por mis superiores para continuar ocupándome de él. En cuanto a los informes de nuestro gabinete de análisis, no había dudas. Únicamente en el vaso, donde la señora Stevens había bebido, se encontraba veneno. El agua y el whisky de las botellas eran completamente inofensivos. Por otra parte, la declaración del portero era terminante; nadie había visitado a la señora Stevens después que él le alcanzó el periódico; de manera que si yo, después de algunas investigaciones superficiales, hubiera cerrado el sumario informando de un suicidio comprobado, mis superiores no hubiesen podido objetar palabra. Sin embargo, para mí cerrar el sumario significaba confesarme fracasado. La señora Stevens había sido asesinada, y había un indicio que lo comprobaba: ¿dónde se hallaba el envase que contenía el veneno antes de que ella lo arrojara en su bebida?

Por más que nosotros revisáramos el departamento, no nos fue posible descubrir la caja, el sobre o el frasco que contuvo el tóxico. Aquel indicio resultaba extraordinariamente sugestivo. Además había otro: los hermanos de la muerta eran tres bribones.

Los tres, en menos de diez años, habían despilfarrado los bienes que heredaron de sus padres. Actualmente sus medios de vida no eran del todo satisfactorios.

Juan trabajaba como ayudante de un procurador especializado en divorcios. Su conducta resultó más de una vez sospechosa y lindante con la presunción de un chantaje. Esteban era corredor de seguros y había asegurado a su hermana en una gruesa suma a su favor; en cuanto a Pablo, trabajaba de veterinario, pero estaba descalificado por la Justicia e inhabilitado para ejercer su profesión, convicto de haber dopado caballos. Para no morir de hambre ingresó en la industria lechera, se ocupaba de los análisis.

Tales eran los hermanos de la señora Stevens. En cuanto a ésta, había enviudado tres veces. El día del "suicidio" cumplió 68 años; pero era una mujer extraordinariamente conservada, gruesa, robusta, enérgica, con el cabello totalmente renegrido. Podía aspirar a casarse una cuarta vez y manejaba su casa alegremente y con puño duro. Aficionada a los placeres de la mesa, su despensa estaba provista de vinos y comestibles, y no cabe duda de que sin aquel "accidente" la viuda hubiera vivido cien años. Suponer que una mujer de ese carácter era capaz de suicidarse, es desconocer la naturaleza humana. Su muerte beneficiaba a cada uno de los tres hermanos con doscientos treinta mil pesos.

La criada de la muerta era una mujer casi estúpida, y utilizada por aquélla en las labores groseras de la casa. Ahora estaba prácticamente aterrorizada al verse engranada en un procedimiento judicial.

El cadáver fue descubierto por el portero y la sirvienta a las siete de la mañana, hora en que ésta, no pudiendo abrir la puerta porque las hojas estaban aseguradas por dentro con cadenas de acero, llamó en su auxilio al encargado de la casa. A las once de la mañana, como creo haber dicho anteriormente, estaban en nuestro poder los informes del laboratorio de análisis, a las tres de la tarde abandonaba yo la habitación que quedaba detenida la sirvienta, con una idea brincando en el magín: ¿y si alguien había entrado en el departamento de la viuda rompiendo un vidrio de la ventana y colocando otro después que volcó el veneno en el vaso? Era una fantasía de novela policial, pero convenía verificar la hipótesis.

Salí decepcionado del departamento. Mi conjetura era absolutamente disparatada: la masilla solidificada no revelaba mudanza alguna.

Eché a caminar sin prisa. El "suicidio" de la señora Stevens me preocupaba (diré una enormidad) no policialmente, sino deportivamente. Yo estaba en presencia de un asesino sagacísimo, posiblemente uno de los tres hermanos que había utilizado un recurso simple y complicado, pero imposible de presumir en la nitidez de aquel vacío. Absorbido en mis cavilaciones, entré en un café, y tan identificado estaba en mis conjeturas, que yo, que nunca bebo bebidas alcohólicas, automáticamente pedí un whisky. ¿Cuánto tiempo permaneció el whisky servido frente a mis ojos? No lo sé; pero de pronto mis ojos vieron el vaso de whisky, la garrafa de agua y un plato con trozos de hielo. Atónito quedé mirando el conjunto aquel. De pronto una idea alumbró mi curiosidad, llamé al camarero, le pagué la bebida que no había tomado, subí apresuradamente a un automóvil y me dirigí a la casa de la sirvienta. Una hipótesis daba grandes saltos en mi cerebro. Entré en la habitación donde estaba detenida, me senté frente a ella y le dije:

- Míreme bien y fíjese en lo que me va a contestar: la señora Stevens, ¿tomaba el whisky con hielo o sin hielo?

-Con hielo, señor.

-¿Dónde compraba el hielo?

- No lo compraba, señor. En casa había una heladera pequeña que lo fabricaba en pancitos. - Y la criada casi iluminada prosiguió, a pesar de su estupidez.-

.-Ahora que me acuerdo, la heladera, hasta ayer, que vino el señor Pablo, estaba descompuesta. Él se encargó de arreglarla en un momento.

Una hora después nos encontrábamos en el departamento de la suicida el químico de nuestra oficina de análisis, el técnico retiró el agua que se encontraba en el depósito congelador de la heladera y varios pancitos de hielo. El químico inició la operación destinada a revelar la presencia del tóxico, y a los pocos minutos pudo manifestarnos:

- El agua está envenenada y los panes de este hielo están fabricados con agua envenenada.

Nos miramos jubilosamente. El misterio estaba desentrañado.

Ahora era un juego reconstruir el crimen. El doctor Pablo, al reparar el fusible de la heladera (defecto que localizó el técnico) arrojó en el depósito congelador una cantidad de cianuro disuelto. Después, ignorante de lo que aguardaba, la señora Stevens preparó un whisky; del depósito retiró un pancito de hielo (lo cual explicaba que el palto con hielo disuelto se encontrara sobre la mesa), el cual, al desleírse en el alcohol, lo envenenó poderosamente debido a su alta concentración. Sin imaginarse que la muerte la aguardaba en su vicio, la señora Stevens se puso a leer el periódico, hasta que juzgando el whisky suficientemente enfriado, bebió un sorbo. Los efectos no se hicieron esperar.

No quedaba sino ir en busca del veterinario. Inútilmente lo aguardamos en su casa. Ignoraban dónde se encontraba. Del laboratorio donde trabajaba nos informaron que llegaría a las diez de la noche.

A las once, yo, mi superior y el juez nos presentamos en el laboratorio de la Erpa. El doctor Pablo, en cuanto nos vio comparecer en grupo, levantó el brazo como si quisiera anatémizar nuestras investigaciones, abrió la boca y se desplomó inerte junto a la mesa de mármol. Lo había muerto de un síncope. En su armario se encontraba un frasco de veneno. Fue el asesino más ingenioso que conocí.

Roberto Arlt

Actividad 1:

- ¿Quién narra este cuento? ¿Qué papel cumple en el desarrollo de la historia?
- En el curso del relato las palabras "suicidio" y "accidente" aparecen entre comillas. Buscar y releer esos fragmentos y expliquen por qué estos términos están señalados de ese modo.
- ¿Cuáles son los indicios que hacen pensar al narrador que la señora Stevens fue asesinada? Hacer una lista de esas pistas que menciona el narrador.
- Explicar la siguiente frase del narrador: "El suicidio de la señora Stevens me preocupaba (diré una enormidad) no policialmente, sino deportivamente".
- ¿Cuál fue el dato más importante para poder resolver el caso? ¿Cómo llega narrador a obtener esa información tan significativa para saber qué ocurrió?

El relato policial y sus características

En primer lugar, debemos decir que hay distintos tipos de relatos policiales (ya sean cuentos o novelas). Desde el punto de vista histórico, el primero que surge, a partir, como dijimos, de la obra de Edgar Allan Poe, es el relato policial de enigma. Se trata de un género con características muy pautadas, una de las cuales es, por supuesto, la presencia de un enigma o misterio hay que resolver algún hecho de difícil explicación, un crimen o un delito. Esas características, propias de esta clase de relatos pueden resumirse del siguiente modo:

1. Hay dos historias, que no se cruzan en ningún momento: la historia del crimen y la historia de la investigación.
2. La primera, la historia del crimen, está concluida y determinada antes de que empiece la segunda. Cuenta lo que efectivamente ocurrió.
3. La historia de la investigación tiene, en realidad, muy poca acción: más que actuar, los personajes aprenden, siguiendo indicios y pistas que los llevarán a la resolución del caso. Esta historia narra cómo el lector o el narrador tomaron conciencia de lo que ocurrió.
4. En muchas ocasiones, la segunda historia es contada por un amigo o ayudante del detective. A menudo, este narrador informa al lector que está escribiendo un libro acerca del crimen (o sea, la historia de la investigación es al mismo tiempo la historia de cómo se está escribiendo ese libro).
5. Una de las reglas del género policial es la inmunidad del detective: nada puede ocurrirle, está a salvo de cualquier incidente.
6. El culpable es descubierto a partir de una serie de pasos lógicos y deducciones rigurosas que lleva adelante el detective. No debe ser descubierto por casualidad ni a través de recursos sobrenaturales, tampoco de manera accidental o a través de su propia confesión. En la historia de la investigación, la secuencia de razonamientos que realiza el detective es fundamental.

Actividad 2:

a) Considerar los rasgos o características del relato policial de enigma para ver si están presentes en el cuento de Roberto Arlt. Leer y explicar cómo los siguientes elementos aparecen en "El crimen casi perfecto:"

- Hay dos historias: una historia del crimen y una historia de la investigación.
- La primera (historia del crimen) finalizó antes de que comenzara la segunda historia de la investigación).
- Hay un misterio o enigma para resolver.
- Hay un amigo/ayudante del investigador que relata paso a paso el curso de la investigación.
- La resolución del crimen o del delito se da a través de la deducción lógica y del análisis racional de los indicios.

b) A continuación, leer el siguiente cuento del escritor mexicano Edmundo Valadés y responder:

El crimen

En el sueño, fascinado por la pesadilla, me vi alzando el puñal sobre el objeto de mi crimen. Un instante, el único instante que podría cambiar mi designio y con él mi destino y el del otro ser, mi libertad y su muerte, su vida o mi esclavitud, la pesadilla se frustró y estuve despierto. Al verme alzando el puñal sobre el objeto de mi crimen, comprendí que no era un sueño volver a decidir entre su vida o mi libertad, entre su muerte o mi esclavitud. Cerré los ojos y asesté el golpe. ¿Soy preso por mi crimen o víctima de un sueño?

Edmundo Valadés

- Explicar la relación entre el título del cuento y su contenido.
- Considerar si el texto es o no un cuento policial. Justificar la respuesta, releendo las características del relato policial de enigma que se enumeraron con anterioridad.

Actividad 3:

Elegir una de estas consignas:

- a) El investigador de "El crimen casi perfecto" no tiene nombre ni sabemos demasiado de él. Escribir una breve descripción y caracterización de este detective
- b) ¿Cómo sería una noticia o una crónica policial que narrara, en el diario del día siguiente, el crimen de la señora Stevens y su resolución? Escribir la crónica o noticia respetando la estructura de los mismos.

El relato policial: las reglas del género

En relación con el relato policial, muchos autores han reflexionado sobre su construcción, sus características, sus rasgos y aquellas condiciones que este tipo de narración debe cumplir sin excepción. Precisamente, mientras en otros géneros literarios (la poesía, el teatro, otros tipos de cuentos y novelas) la innovación y la ruptura con respecto a lo ya producido son saludadas como algo deseable y valioso en el relato policial (para que siga siendo precisamente, un relato policial) hay que acatar las reglas, hay que seguirlas y tenerlas en cuenta a la hora de escribir.

Uno de los autores que habla acerca de las reglas del género ha sido el escritor estadounidense S.S. Van Dine, quien formuló las veinte "reglas de oro" del relato policíaco. Algunas de ellas son:

- El lector debe tener las mismas posibilidades de resolver el enigma que el detective. Todas las pistas deben ser formuladas y descritas claramente.
- El autor no tiene el derecho de emplear: con respecto al lector, trampas y recursos distintos de los que el mismo culpable emplea con respecto al detective. No debe incluirse ningún truco o engaño deliberado, salvo aquellos que el asesino coloca (con toda legitimidad) ante el detective.
- No debe haber una intriga amorosa en la historia. Si se introdujera el amor, se perturbaría el mecanismo puramente intelectual del problema. El objetivo es llevar al criminal ante la justicia, no a una pareja de enamorados ante el altar.
- Ni el detective ni ninguno de los policías que esté a cargo de la investigación podrá ser el culpable. Esta estratagema es un grosero engaño, un timo, un fraude.
- El culpable debe ser identificado por medio de una serie de deducciones lógicas, no por accidente, casualidad o confesión espontánea. Este tipo de autor es un tramposo.
- Toda novela policíaca debe tener un detective y un detective no lo es a menos que detecte. Su función consiste en reunir las pistas que por último nos llevarán al descubrimiento del individuo que cometió la fechoría en el primer capítulo, y si el detective no llega a ninguna conclusión tras el análisis de estas pistas, no habrá resuelto el problema.
- En una novela policíaca siempre debe haber un cadáver, y cuanto más muerto esté, mejor. Un crimen que no alcance la categoría de asesinato no es suficiente. [...] En definitiva, hay que compensar la preocupación y el gasto de energía del lector.

- El problema que plantea el crimen debe resolverse con recursos estrictamente naturales. Otros diferentes, tales como la clarividencia, la ouija, leer la mente los médiums, la bola de cristal y cosas por el estilo están prohibidos. El lector debe tener la oportunidad de medir su ingenio con un detective racional, pero si tiene que competir con el mundo de los espíritus está derrotado *ab initio* [desde el inicio].
- No debe haber más de un detective, es decir, un protagonista que realice las deducciones [...] Tener en la historia a más de un detective equivaldría no solo a dispersar el interés y romper el hilo directo establecido con el lector, sino a aprovecharse de él de manera injusta. Si hay más de un detective el lector no sabrá quién es realmente el que participa con el de la deducción.
- El culpable debe resultar ser un personaje que ha desempeñado un papel más o menos destacado en la historia, es decir, alguien que le resulte familiar al lector y por quien se interesa. Si el autor adjudica el crimen en el último capítulo a un personaje que acaba de aparecer o que ha desempeñado un papel insignificante en la intriga, confesaría con ello su incapacidad para medirse de igual a igual con el lector.
- No debe haber más de un culpable, no importa el número de asesinatos que se hayan cometido. Este puede tener, por supuesto, un ayudante o un cómplice, pero toda la responsabilidad debe recaer sobre él: hay que permitir que el lector concentre toda la indignación que siente en un solo personaje misterioso.
- Una novela policiaca no debe contener pasajes descriptivos largos, ni cuestiones literarias secundarias que hagan perder el tiempo, ni sutiles análisis de personajes, ni preocupaciones ambientales. Retardan la acción y son irrelevantes para el objetivo principal que es plantear el problema, analizarlo y encontrarle una solución acertada.
- En un relato policiaco, el crimen nunca puede ser el resultado de un accidente o suicidio. Finalizar una investigación larga y complicada con ese tipo de anticlimax sería jugarle al lector una trastada imperdonable es en ganar y decepcionar la confianza que ha puesto en la historia el lector.
- Los motivos que induzcan al delito en los relatos policiacos deben ser estrictamente personales. Las conspiraciones internacionales y las turbias maquinaciones políticas pertenecen a otro tipo de ficción, por ejemplo, a la novela de espionaje.

Actividad 4

Una vez leídas estas reglas, podrías considerar como funciona cada una de ellas en el cuento "El crimen con perfecto de Roberto Art? ¿Todas ellas se cumplen? ¿Se cumplen solo algunas? Revisen el texto, tomando regla por regla y anotar las conclusiones.

Actividad 5

Les presentamos un cuento de otro autor argentino, Pedro Orgambide. Este cuento toma la forma de una confesión, es decir del relato de un acusado o victimario, hablando acerca del crimen o delito que ha cometido. Leerlo y realizar las demás actividades.

La intrusa
Pedro Orgambide

Ella tuvo la culpa, señor Juez. Hasta entonces, hasta el día que llegó, nadie se quejó de mi conducta. Puedo decirlo con la frente bien alta. Yo era el primero en llegar a la oficina y el último en irme. Mi escritorio era el más limpio de todos. Jamás me olvidé de

cubrir la máquina de calcular, por ejemplo, o de planchar con mis propias manos el papel carbónico.

El año pasado, sin ir muy lejos, recibí una medalla del mismo gerente. En cuanto a ésa, me pareció sospechosa desde el primer momento. Vino con tantas ínfulas a la oficina. Además ¡qué exageración! recibirla con un discurso, como si fuera una princesa. Yo seguí trabajando como si nada pasara. Los otros se deshacían en elogios. Alguno deslumbrado, se atrevía a rozarla con la mano. ¿Cree usted que yo me inmuté por eso, Señor Juez? No. Tengo mis principios y no los voy a cambiar de un día para el otro. Pero hay cosas que colman la medida. La intrusa, poco a poco, me fue invadiendo. Comencé a perder el apetito. Mi mujer me compró un tónico, pero sin resultado. ¡Si hasta se me caía el pelo, señor, y soñaba con ella! Todo lo soporté, todo. Menos lo de ayer. "González – me dijo el Gerente – lamento decirle que la empresa ha decidido prescindir de sus servicios". Veinte años, Señor Juez, veinte años tirados a la basura. Supe que ella fue con la alcahuetería. Y yo, que nunca dije una mala palabra, la insulté. Sí, confieso que la insulté, señor Juez, y que le pegué con todas mis fuerzas. Fui yo quien le dio con el fierro. Le gritaba y estaba como loco.

Ella tuvo la culpa. Arruinó mi carrera, la vida de un hombre honrado, señor. Me perdí por una extranjera, por una miserable computadora, por un pedazo de lata, como quien dice.

Actividad 6

- Sabemos que el autor de cuento Pedro Orgambide. Pero, se debe recordar, la existencia de una diferencia entre autor y narrador. El autor es una persona de existencia real (por supuesto en el mundo real) El narrador es un "ser de papel" solo existe en el relato, dentro del mundo de ficción. ¿quién es el narrador en este caso? ¿Cómo podrías caracterizarlo?
- Los lectores somos los receptores finales del relato, hay dentro del texto un destinatario al que el personaje se dirige: ¿quién es? ¿Cómo imaginas esta situación? (en qué espacio se desarrolla, cuál es el estado de ánimo de los participantes, quiénes podrían estar presentes en el lugar, además del personaje y su destinatario).
- ¿Cuáles son los motivos que llevan al personaje a proceder como lo hizo? ¿Qué explicaciones da a quien lo escucha para justificar su conducta?
- Si bien en este texto también se habla de un delito (y una confesión, por parte de quién lo cometió), hay diferencias entre este texto y un relato policial. Haciendo una lectura muy atenta del cuento de Orgambide, completar el cuadro para determinar cuáles de los elementos del cuento policial están presentes en este texto y cuáles faltan. Marcar con una cruz en cada caso:

Elemento propio del cuento policial	Está presente	Está ausente
Existencia de un crimen o delito		
Existencia de una víctima de ese		
Presencia de un victimario o perpetrador del hecho		
Historia del crimen		

Historia de la investigación		
Existencia de un enigma o caso para resolver		
Uso del razonamiento lógico para la resolución del crimen		
Figura del detective o investigador que resuelve el crimen		

e) Convertir el cuento de Pedro Orgambide en un relato policial. Para eso:

e.1) Seguir los pasos que se plantea a continuación, e ir tomando nota de estos:

- Hay un victimario o asesino de la computadora, pero no sabemos quién es hasta el final. Pensar un nombre para ese personaje.
- Imaginar la figura del detective: pensar un nombre para darle y describir brevemente a este personaje, considerando qué características sería importante destacar (por ejemplo, su inteligencia).
- Tener en cuenta que el cuento policial presenta primero el crimen. Pensar cómo relatarían el hecho.
- Desarrollar la historia de la investigación. Ahí aparece la figura del detective. Pensar qué pistas o indicios dejados por el criminal va a tener en cuenta para descubrir quién es el responsable del hecho.

e.2) Planteados todos los elementos, lleven adelante la producción por escrito del relato siguiendo esta secuencia:

- Se descubre el crimen en la oficina. No se sabe quién fue el responsable: solo se ve la máquina destruida.
- Se llama al detective para que lo resuelva. El detective hace su aparición en el relato; comienza a interrogar a los empleados y a examinar indicios y pistas. Recordar que el culpable debe aparecer como un personaje del relato, pero nadie debe sospechar de él. Tener en cuenta, por otro lado, cuáles serán las pistas que le permitan descubrir la verdad (podría ser una taza de café, un papel olvidado, alguna cosa que sin darse cuenta, dijo uno de los sospechosos, varios de estos indicios a la vez, etc.).
- A través de su capacidad de deducción y analizando los indicios, el detective descubre quien es el culpable.
- El detective confronta al culpable, quien termina confesando. El detective explica también cuáles son los motivos que el culpable ha tenido para cometer el delito.

Actividad 7

Leer el siguiente fragmento, perteneciente al libro "Asesinos de papel" de Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera. Aquí se compara al lector "activo" con un pez (que toca el barro, las piedras, interactúa con su medio) y al lector "pasivo" con un pato, que simplemente se desliza por las aguas (como el lector se deslizaría por el texto, sin involucrarse demasiado, sin participar de modo dinámico en la historia). A partir de este planteo, responder:

- a) ¿Por qué te parece que el lector de relatos policiales puede, si así lo elige, meterse en la historia, es decir, ser un lector activo?
- b) ¿Qué clase de lectores querrías ser al encarar la lectura de un relato policial (lector-pezo o lector-pato)? ¿Por qué?

Mucho se ha bregado en los últimos tiempos a favor de lectores activos lectores que no busquen deslizarse por los textos como patos sobre el agua. Pues bien, si hay un género literario en el cual esa batalla se ha dirimido con sabiduría es el policial. Los lectores de ficciones policiales, que bien pueden comportarse como patos silvestres, tienen la posibilidad de convertirse en peces que tocan el lecho del río, su barro y sus piedras.

Fuente Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera (1996) "Asesinos de papel" Ensayos sobre narrativa policial. Buenos Aires, Colihue, p. 149

El relato policial: la serie negra

Una de las modalidades que adopta el género policial es el de la *serie negra*. Este tipo se desarrolla en la década de 1930 en el contexto conocido como la Gran Depresión (1929) económica por la que atraviesa Estados Unidos en torno a esos años debido a la caída de la bolsa de Wall Street. Crecen entonces la desocupación, el hambre, la corrupción y el delito que tejen una atmósfera de decadencia social general. El crimen organizado se convierte en una forma rápida de obtener dinero, manchado de sangre y violencia. Son los grupos mafiosos de gánsteres, reunidos en torno a un jefe, los que siembran el miedo y la inseguridad en las ciudades. El detective literario dejó de ser el aristócrata de porte elegante y agudeza intelectual, y se mueve en los suburbios de las calles ruines, balaceras y decrepitud donde reinan la ley del hampa y la corrupción.

Otro antecedente vinculado con este contexto corresponde a la llamada Ley Seca, sancionada en ese mismo país en 1920 y derogada en 1933, que prohibía la fabricación, el transporte y venta de bebidas alcohólicas. Esto derivó en el comercio ilegal llevado a cabo por bandas organizadas de traficantes, que contribuyeron al entorno de violencia general.

Los escritores de la época producen entonces relatos policiales, en forma de cuentos y novelas, que expresan esos ambientes oscuros cargados de injusticia y decadencia. En esta "variante negra" el móvil principal no es dilucidar "un caso que desafía la inteligencia", como en el policial de enigma, sino mostrar las causas morales y sociales que rigen en torno al crimen de acuerdo con vicios humanos: el ansia de poder, la envidia la codicia, el odio o los celos.

Entre los principales creadores de este tipo de policial negro, se debe mencionar a Dashiell Hammett (1894-1961) y Raymond Chandler (1888-1959). Este género ha seguido distintas vías, modificándose y adaptándose a los distintos contextos culturales y sociales en los que pervive.

Leer el siguiente texto:

Aparición

De repente, una figura surgió en la esquina, un tanto desdibujada por la niebla. Pensé en un fantasma, pero al mirarla bien, era Ella, después de tantos años de crearla muerta.

Estaba allí, borracha y temblorosa, amenazándome con el arma que alguna vez fue mía. Detrás, un fulano silencioso en la moto.

—Hola, inspector. ¡Ha pasado tanto tiempo! Masticaba de manera irónica las palabras, no sé si por la ebriedad, la emoción o el odio represado. Tal vez eran los tres motivos.

—Ardía en deseos de encontrarte en este callejón. He sabido que aquí escondes a tu perra y cobras comisiones para proteger a los gusanos de siempre. No has cambiado, sigues siendo el mismo despreciable corrupto y cobarde que conocí.

—Debí haberme encargado personalmente del asunto. No estaría aquí, apuntándome —pensé mientras ella me disparaba en dos ocasiones sin lograr darme en el cuerpo, haciendo blanco en mi sobretodo. Yo estaba paralizado por el pánico y la sorpresa.

No sé explicar por qué, pero esa noche andaba desarmado.

Nunca reaccioné, estático durante toda la eternidad de ese instante.

Ella abordó la moto y ambos huyeron.

—¡Nos veremos! —gritó. El ronroneo de la moto diluyó los rugidos de la avenida que la devoró entre vehículos, sombras y neones.

Quedé algo confundido. En ese momento ya no estaba tan seguro de que no había sido un fantasma quien surgió entre la niebla.

Los dos agujeros de bala en el gabán me sembraron la duda.

Emilio Alberto Restrepo

Actividad 8:

- Describir el espacio en el que se mueven los personajes del cuento ¿cómo puedes relacionar este aspecto con lo dicho anteriormente sobre los lugares y el ambiente que construye el policial negro?
- ¿Qué características le adjudica el personaje femenino al inspector y de qué cosas lo acusa? ¿Qué conclusiones podrías extraer sobre el inspector a partir de estos dichos?
- ¿Qué imágenes asociadas con animales se utilizan para referirse a la ciudad en este fragmento del cuento: "El ronroneo de la moto diluyó los rugidos de la avenida que la devoró entre vehículos, sombras y neones? ¿por qué crees que se utilizan estas imágenes?
- Puedes enumerar algunos elementos de este cuento que se puedan relacionar con el policial clásico.
- Señalar todas las características que se les ocurran que no se puedan relacionar con el policial clásico e indicar elementos vinculados con el policial negro.
- De acuerdo con el teórico Tzvetan Todorov, entre las principales características del policial negro, que lo diferencian del policial de enigma, se encuentran las que se destacan en el siguiente cuadro. Leerlas y luego relacionar las observaciones de Todorov con el cuento:

1. Se suprime la historia del crimen y se destaca la historia de la investigación. No se cuenta un crimen anterior, referido al pasado, sino que el relato coincide con el momento de la acción manteniéndose visibles el tiempo presente y su proyección hacia el futuro.
2. Se elimina el interés por un misterio, que busca la causa del crimen, y se pone el acento en el suspenso, es decir, en las causas o condiciones iniciales (una sociedad corrompida, por ejemplo), y luego el interés se centra en su efecto (asesinato, robos, violencia).
3. El detective cobra un giro radical: no es inmune, arriesga su vida a cada momento.
4. Sus temas giran en torno a una serie de constantes: la violencia, el crimen, la inmoralidad de los personajes.
5. A pesar de que el misterio que era muy importante en el policial clásico no es relevante en el negro, puede aparecer como un elemento secundario.

Los detectives en el policial negro

En el policial negro, el detective es un profesional que cobra por sus servicios. En los inicios del género, los detectives creados por Dashiell Hammett, Sam Spade, y por Raymond Chandler, Philip Marlowe, representan los prototipos: pertenecen a las mismas ciudades que los criminales a los que persiguen, son hombres de acción que pueden errar y equivocarse, pero al final llegan a conocer la verdad. Estos personajes arriesgan su vida y ponen su fuerza física a disposición de las causas que los movilizan. Por ello, en gran medida, la tensión que genera el suspenso de estos relatos se articula en esta figura central.

Con el tiempo y el desarrollo del género, los detectives del policial negro han cobrado distintos matices: son tan corruptos como los seres a los que persiguen, también nos sorprenden pudiendo ser el culpable o el asesino, o sus historias giran para terminar siendo las víctimas fatales.

El que calla otorga

La persecución, una verdadera balacera a través de escaleras y pasillos, culminó en la terraza del edificio. El detective John Malcon tenía arrinconado a uno de los narcotraficantes más peligrosos de Nueva York. Su pistola reglamentaria apuntaba directamente a la cabeza. Desarmado, Giuseppe Naccarelli se aferraba a la barandilla metálica que lo separaba del precipicio. Viéndose sin muchas opciones, trepó la baranda y luego dijo:

—Voy a saltar, Johnny.

El detective guardó silencio. El italoamericano colgaba del lado exterior. Podía sentir el bullicioso abismo a sus espaldas.

Al cabo de una tensa vacilación agregó:

— ¡Voy a saltar, maldita sea! No pienso regresar a prisión.

John se adelantó sin decir nada. En sus manos la pistola titubeaba ligeramente.

Giuseppe lo supo:

— ¿Por qué no decís nada? ¿No tendrías que detenerme? O quizás... ¡Ya entiendo! Déjame adivinar: o no hay más balas en tu pistola o metiste la nariz en el maldito negocio. ¿Es eso? Me quieren muerto, ¿verdad?

Por toda respuesta el detective lo miró fijamente.

De pronto todo se decidió. El narcotraficante quiso bajar a la terraza. Se oyó un disparo. Giuseppe perdió el equilibrio.

El cuerpo quedó estampado en medio de la calle.
John bebía café sentado sobre el paragolpes de la ambulancia. Un colega se le arrimó:
—Veo que estás entero. Decime, ¿qué mierda pasó? El tipo tiene un balazo en el pecho.
—Le habré dado en la persecución. El muy desquiciado saltó gritando: «No iré a la cárcel».

Leandro Surce

Actividad 9

- Describir las características del detective John Malcon según sus acciones. ¿Cómo podrías calificarlo? ¿Cómo podrías vincular al personaje con el entorno en el que se mueve?
- Leer las reflexiones de Ricardo Piglia sobre el policial negro y vincular sus ideas (irracionalidad, experiencia, materialidad, relación entre la ley y el dinero, etc.) con el cuento "El que calla otorga" de Leandro Surce.

[...] Está claro que las novelas de la serie negra eran ilegibles: quiero decir, eran relatos salvajes, primitivos, sin lógica, irracionales. Porque mientras en la policial inglesa todo se resuelve a partir de una secuencia lógica de presupuestos, hipótesis, deducciones, con el detective quieto y analítico (por supuesto el caso límite y paródico [...] resuelve los enigmas sin moverse de su celda en la penitenciaría), en la novela negra no parece haber otro criterio de verdad que la experiencia: el investigador se lanza, ciegamente, al encuentro de los hechos, se deja llevar por los acontecimientos y su investigación produce fatalmente nuevos crímenes; una cadena de acontecimientos cuyo efecto es el descubrimiento, el desciframiento [...] Pero al mismo tiempo hay un modo de narrar en la serie negra que está ligado a un manejo de la realidad que yo llamaría materialista. Basta pensar en el lugar que tiene el dinero en esos relatos. Quiero decir, basta pensar en la compleja relación que establecen entre el dinero y la ley: en primer lugar, el que representa la ley solo está motivado por el interés, el detective es un profesional, alguien que hace su trabajo y recibe un sueldo (mientras que en la novela de intriga el detective es generalmente un aficionado que se ofrece "desinteresadamente" a descifrar el enigma); en segundo lugar, el crimen, el delito, está siempre sostenido por el dinero: asesinato, robos, estafas, extorsiones, secuestros, la cadena es siempre económica (a diferencia, otra vez, de la novela de enigma, donde en general las relaciones materiales aparecen sublimadas: los crímenes son "gratuitos", justamente porque la gratuidad del móvil fortalece la complejidad del enigma).

Actividad 10

Leer el siguiente cuento:

La bestia

El inspector Rodríguez había descubierto que la bestia asesina era la mujer que amaba y eso lo estaba demoliendo.

La tenían cercada, le pidió ayuda a la agente con la que trabajó durante diez años. Necesitaba que alguien lo respaldara por si tenía que matarla.

—La tienen en el Hotel de la calle 18 —gritó Cándida mientras subía al auto —está en la habitación...

—104 —completó él, y la agente lo miró unos segundos.

—Cándida, yo la conocía —aclaró y arrancó ante la mirada serena de su compañera. Llegaron en 5 minutos, abrió la portezuela, corrió hacia el hotel donde tuvieron sus primeros encuentros a escondidas, subió las escaleras junto a otros 6 policías, llegaron, golpeó y la llamó.

No hubo respuesta.

Se dio media vuelta en busca de la mirada de su compañera pero no la encontró, dio la señal y derribaron la puerta.

La bestia estaba sobre la cama, en el piso, en el baño, empapando las sábanas y había servido como tinta para un mensaje dejado en la pared: «YO TE AMABA MÁS QUE ELLA».

¿Quién había escrito la nota? ¿Hacia quién estaba dirigida?

La firma era una C.

Nuevamente intentó encontrar a su compañera pero aún seguía ausente, estaba por preguntar por ella cuando recordó su rostro sereno cuando le confesó que conocía a la bestia. ¿Ella lo sabía?

Miró por la ventana. Cándida estaba parada junto al patrullero, observándolo, le sonrió levemente y sin dejar de mirarlo, levantó el arma y se disparó.

Diana Beláustegui

a) ¿Qué variante presenta este relato en relación con el personaje del detective del relato anterior? ¿Cómo podrías caracterizar el accionar de este inspector?

b) Analizar la escena del crimen y vincular con el móvil del crimen: ¿cuál es la razón del asesino o asesina para cometer el crimen? ¿Qué indicios, señales o pistas establece el relato para llegar a esas conclusiones?

c) Identificar y analizar la figura de la o las víctimas en este cuento. ¿Quién es el victimario?

d) Completar de manera amplia el siguiente cuadro:

Elemento	Policial de enigma	Policial negro
Detective/investigador		
Historia del crimen		
Historia de la investigación		
Móvil principal		

EN DEFENSA PROPIA Rodolfo Walsh

- "Yo, a lo último, no servía para comisario" - dijo Laurenzi, tomando el café que se le había enfriado-. "Estaba viendo las cosas, y no quería verlas. Los problemas en que se mete la gente, y la manera que tiene de resolverlos, y la forma en que yo los habría resuelto. Eso, sobre todo. Vea, es mejor poner los zapatos sobre el escritorio, como en el biógrafo, que las propias ideas. Yo notaba que me iba poniendo flojo, y era porque quería pensar, ponerme en el lugar de los demás, hacerme cargo. Y así hice dos o tres macanas, hasta que me jubilé. Una de esas macanas es la que le voy a contar.

Fue allá por el cuarenta, y en La Plata. Eso le indica" - murmuró con sarcasmo, mirando la plaza llena de sol a través de la ventana del café - "que mi fortuna política estaba en ascenso, porque usted sabe cómo me han tenido a mí, rodando por todos los destacamentos y comisarías de la provincia.

La fecha justa también se la puedo decir. Era la noche de San Pedro y San Pablo, el 29 de junio. ¿No le hace gracia que aún hoy se prendan fogatas ese día?"

- Es por el solsticio estival - expliqué modestamente.

- "Usted quiere decir el verano. El verano de ellos que trajeron de Europa la fiesta y el nombre de la fiesta".

- Desconfíe también del nombre, comisario. Eran antiguos festivales celtas. Con el fuego ayudaban al sol a mantenerse en el camino más alto de cielo.

- "Será. La cuestión es que hacía un frío que no le cuento. Yo tenía un despacho muy grande y una estufita de kerosén que daba risa. Fíjese, había momentos en que lo que más deseaba era ser de nuevo un simple vigilante, como cuando empecé, tomar mate o café con ellos en la cocina, donde seguramente hacía calor y no se pensaba en nada.

Serían las diez de la noche cuando sonó el teléfono. Era una voz tranquila, la voz del juez Reynal, diciendo que acababa de matar un ladrón en su casa, y que si yo podía ir a ver. Así que me puse el perramus y fui a ver.

Con los jueces, para qué lo voy a engañar, nunca me entendí. La ley de los jueces siempre termina por enfrentarlo a uno con un malandra que esa noche tiene más suerte, o mejor puntería, o un poco más de coraje que seis meses antes, o dos años antes, cuando uno lo vio por última vez con una vereda y una 45 de por medio. Uno sabe cómo entran, cómo no va a saber, después de verlo llorando y, si se descuida, pidiendo por su madre. Lo que no sabe, es cómo salen. Después hasta le piden fuego por la calle, y usted se calla y se va a baraja porque se palpita que hay un chiste en alguna parte, y no vaya a resultar que el chiste es a costa suya.

Iba pensado en estas cosas mientras caminaba entre las fogatas que la garúa no terminaba de apagar, esquivando los buscapiés de la juventud que también festejaba, como dice usted, lo alto que andaba el sol y, seguramente, la cosecha próxima, y los campos llenos de flores. Para distraerme, empecé a recordar lo que sabía del doctor Reynal. Era el juez de instrucción más viejo de La Plata, un caballero inmaculado y todo eso, viudo, solo e inaccesible.

Entré por un portoncito de fierro, atravesé el jardín mojado, recuerdo que había unas azaleas que empezaban a florecer y unos pinos que chorreaban agua en la sombra. La cancel estaba abierta, pero había luz en una ventana y seguí sin tocar el timbre. Conocía la casa, porque el doctor solía llamarnos cada tanto, para ver cómo andaba un sumario o para darnos un sermón. Tenía ojos de lince para los vicios de procedimiento, la sangre de sus venas pasaba por el código y no se cansaba de invocar la majestad de la justicia, la de antes. Y yo que hasta tengo que cuidar la ortografía, y no hablo de los vicios de procedimiento ya va a ver. Pero yo no era el único. Conozco algunos que pretendían tomarlo en farra, pero se les caían las medias cuando tenían que enfrentarlo.

Y es que era un viejo imponente, con una gran cabeza de cadáver porque año a año la cara se le iba chupando más y más, hasta que la piel parecía pegada a los huesos, como si no quisiera dejarle nada a la muerte. Así lo recuerdo esa noche, vestido de negro y con un pañuelo de seda al cuello.

Con este hombre yo me guardaba un viejo entripado, porque una vez en la misma comisaría, adonde llegó como bala me soltó al tuerto Landívar, que tenía dos muertes sin probar, y más tarde iba a tener otra. Nunca olvidé lo que me dijo: Es mejor que ande suelto un asesino, y no una ruedita de la justicia. ¿Y el peligro? - le pregunté. El peligro lo corremos todos- dijo. Pero fui yo el que tuve que matarlo a Landívar, cuando al fin hizo la pata ancha en los galpones de Tolosa, y yo me acordé del doctor, del doctor y de su madre".

El comisario se agarró el mentón y meneó la cabeza. Como si se riera de alguna ocurrencia secreta, y después soltó una verdadera carcajada, una risa asmática y un poco dolorosa.

- "Bueno, ahí estaba sentado ante su escritorio, como si nada hubiera pasado, absorto en uno de esos libracos de filosofía, o vaya a saber qué, pero en todo caso algo importante, porque apenas alzó la cabeza al verme en la puerta y siguió leyendo hasta que llegó al final de un párrafo que marcó con una uña afilada y como de vidrio. Tuve tiempo de sacarme el sombrero mojado, de pensar dónde lo pondría,

de ver el bulto en el suelo, que era un hombre, de codearme con un jinete de bronce y, en general, de sentirme como un auxiliar tercero que lo van a amonestar. Recién entonces el viejo cerró el libro, cruzó los dedos y se quedó mirándome con esos ojos que siempre parecían estar haciendo la seña del as de espadas.

Le pregunté, de buen modo, qué quería que hiciera. Contestó que yo sabía cuál era mi deber, que yo conocía o debía conocer el Código de Procedimientos, que él, desde ya su reemplazante de turno era el doctor Fulano, y que no lo tomara a mal si, ya que estaba, observaba con interés profesional la forma en que yo encauzaba el sumario.

Le aseguré que no faltaba más. Le dije si estaba bien que le hiciera una inspección ocular. Hizo que sí con la cabeza. ¿Y que le preguntara algunas cosas y que lo tuviese demorado hasta que el doctor fulano dispusiera lo contrario? Entonces se echó a reír y comentó: Muy bien, muy bien, eso me gusta.

Moví con el pie la cara del muerto, que estaba boca abajo frente al escritorio, y me encontré con un antiguo conocido, Justo Luzati, por mal nombre El Jilguero, y también El Alcahuete, con fama de cantor y de otras cosas que en su ambiente nadie apreciaba. Supe tratarlo bastante en un tiempo, hasta que lo perdí de vista en un hospital, pobre tipo.

Pero resultaba bueno verlo muerto así, al fin con un gesto de hombre en la cara flaca donde parecía faltarle unos huesos y sobrarle otros, y un 32 empuñado a lo hombre en la mano derecha, y todavía ese gesto bravío de apretar el gatillo a quemarropa, cuando ya le iban a tirar, o le estaban tirando, y le tiraron nomás y el plomo del 38 que el doctor sacó de algún cajón lo sentó de traste. Y entonces se acostó despacio a lagrimear un poco y a morir.

Pero ese viejo, era cosa de ver, o de imaginar, la sangre fría, de ese viejo. Dejó el 38 sobre la mesa, con cuidado porque era una prueba. Me llamó por teléfono, sin levantarse siquiera, porque no había que tocar nada. Y siguió leyendo el libro que leía cuando entró Luzati.

-¿Lo conoce doctor?- le pregunté.

-Nunca lo había visto. Entonces, mientras lo estaba mirando, descubrí ese estropicio en la biblioteca que tenía detrás de él.

- ¿Y de eso - señalé - no pensaba decirme nada?

- Usted tiene ojos - respondió.

Había una hilera de tomos encuadernados en azul, creo que era la colección de La Ley. Y uno estaba medio destripado, le salían serpentinas y plumitas de papel, y al lado había un marco de plata boca abajo, un retrato con la foto y el vidrio perforados.

- Quédense quieto, doctor, no se mueva- le previne y le di la vuelta al escritorio, me paré donde se había parado Luzati, donde todavía estaba el agua de sus zapatos y desde allí miré al viejo, y luego detrás del viejo, y nuevamente esa cara cadavérica y severa. Pero él me corrigió: - Un poquito más a la izquierda - dijo.

- ¿Qué se siente, doctor, cuando a uno le erran por tan poco?

- No se siente nada- contestó - y usted lo sabe.

Entonces me agaché, saqué el 32 de entre los dedos de Luzati, abrí el tambor y allí estaba la cápsula picada y el resto de la carga completa, y hasta el olor de la pólvora fresca. Todo listo y empaquetado para el gabinete Vucetich, donde seguramente iban a encontrar que el plomo de la biblioteca correspondía al 32, y que el ángulo de tiro estaba bien, y todo estaba bien, y se lo iban a ilustrar con dibujitos y rayas coloradas, verdes y amarillas para probar nomás que el doctor había matado en defensa propia.

Puse el 32 junto al otro, sobre el escritorio, y fue entonces cuando él me oyó decir Qué raro y me miró sin moverse.

- ¿Qué raro doctor?- le dije caminando otra vez hacia la biblioteca - que usted, que solía tener tan buena memoria, se haya olvidado de este pájaro cantor.

Porque si a mí no me falla, hace cuatro años usted sentenció en una causa Vallejo contra Luzati por tentativa de extorsión.

Él se echó a reír.

- ¿Y eso? - dijo -. Como si yo fuera a acordarme de todas las sentencias que dicto.

- Entonces tampoco recordará que en el treinta lo condenó por tráfico de drogas.

Me pareció que daba un brinco, que iba a pararse, pero se contuvo, porque era un viejo duro, y apenas se pasó una mano por la frente.

- En el treinta - murmuró -. Puede ser. Son muchos años. Pero usted quiere decir que no vino a robar sino a vengarse.

- Todavía no se lo quiero decir. Pero qué raro, doctor. Qué raro que este infeliz, que nunca asaltó a nadie, porque era una rata, un pobre diablo que hoy se puso la mejor ropa para venir a verlo a usted - alguien que vivía de la pequeña delación, del pequeño chantaje, del pequeño contrabando de drogas; alguien que si llevaba un arma encima era para darse coraje -, que ese tipo, de golpe, se convierta en asaltante y venga a asaltarlo a usted...

Entonces él cambió de postura por primera vez, giró con el sillón, y me vio con el retrato entre las manos, ese retrato de una muchacha lejana, inocente y dulce, si no fuera por los ojos que eran los ojos oscuros y un poco fanáticos del juez, esa cara que sonreía desde lejos aunque estaba destrozada de un tiro certero, porque el vencido amor y la sombra del odio que le sigue tienen una infalible puntería.

Le devolví el retrato, le dije Guardelo. Esto no tiene por qué figurar aquí y me senté en cualquier parte sin pedirle permiso, pero no porque le hubiera perdido el respeto, sino porque necesitaba pensar y hacerme cargo y estar solo. Pensar, por ejemplo, en esa cara que yo había visto dos años antes en una comisaría de Mar del Plata, esa cara devastada, ya no inocente, repetida en la foto de un prontuario donde decía simplemente Alicia Reynal, toxicómana, etc.

Pero cuando pasó un rato muy largo, lo único que se me ocurrió decirle fue:

- ¿Hace mucho que no la ve?

- Mucho - dijo, y ya no habló más, y se quedó mirando algo que no estaba.

Entonces volví a pensar, y ahí debió ser cuando descubrí que ya no servía para comisario. Porque estaba viendo todo, y no quería verlo. Estaba viendo cómo El Alcahuete había conocido a aquella mujer, y hasta le había vendido marihuana o lo que sea, y de golpe, figúrese usted, había averiguado quién era. Estaba viendo con qué facilidad se le ocurrió extorsionar al padre, que era un hombre inmaculado, un pilar de la sociedad, y de paso cobrarse las dos temporadas que estuvo en Olmos. Estaba viendo cómo el viejo lo esperó con el escenario listo, el tiro que él mismo disparó - un petardo más en esa noche de petardos - contra la biblioteca y contra aquel fantasma del retrato. Estaba viendo el 32 descargado sobre el escritorio, para que Luzati lo manoteara a último momento y hasta apretara el gatillo cuando el viejo le apuntó. Y lo fácil que fue después abrir el tambor y volver a cargarlo, sin sacarlo de las manos del muerto, que era donde debía estar.

Estaba viendo todo, pero si pasaba un rato más ya no iba a ver nada, porque no quería ver nada. Aunque al fin me paré y le dije:

- No sé lo que va a hacer usted, doctor, pero he estado pensando en lo difícil que es ser un comisario y lo difícil que es ser un juez. Usted dice que este hombre quiso asaltarlo y que usted lo madrugó. Todo el mundo le va a creer y, yo mismo, si mañana lo leo en el diario, es capaz que lo creo. Al fin y al cabo, es mejor que ande suelto un asesino, y no una ruedita de la compasión.

Era inútil. Ya no me escuchaba. Al salir me agaché por segunda vez junto al Alcahuete y, de un bolsillo del impermeable, saqué la pistola de pequeño calibre que sabía que iba a encontrar allí y me la guardé. Todavía la tengo. Habría parecido raro, un muerto con dos armas encima".

El comisario bostezó y miró su reloj. Le esperaban a almorzar.

- ¿Y el juez? - pregunté.

- "Lo absolvieron. Quince días después renunció, y al año se murió de una de esas enfermedades que tienen los viejos".

Actividades 11

- a) ¿Quién es el protagonista del cuento?
- b) ¿Por qué Laurenzi afirma que al final de su carrera no servía ni para comisario?
- c) ¿Cuál es el enigma que plantea el relato?
- d) ¿Por qué el cuento se llama "En defensa propia"?
- e) ¿Por qué es posible postular que en el cuento hay dos víctimas posibles y dos culpables?
- f) ¿Dónde ocurre el asesinato?. Transcribir al menos dos citas del texto que describan el lugar.
- g) Señalar cuál de los siguientes afirmaciones respecto de la figura del investigador son verdaderas y cuáles, falsas. Justificar cada una de las respuestas con una cita textual.

El comisario Laurenzi es un hombre de fortuna.

Laurenzi utiliza el razonamiento para develar el misterio.

Laurenzi tiene una buena relación con el juez.

Laurenzi es una persona culta.

Laurenzi resuelve el caso, aunque no triunfa la justicia.

E.E.T.P. N° 485 TERCER AÑO 2021